

Me siento orgulloso de presentaros en número 20 de *El escéptico*. Veinte números no son pocos; demuestran que es una actividad consolidada de nuestra asociación. Todos sabemos que hemos tenido graves dificultades y que las seguiremos teniendo, pues no todo es un camino de rosas. Cada revista exige sudor y lágrimas a muchas personas, a algunas se nos ve un poco, pero hay otras que hacen su tarea calladamente; apenas se les nota, pero el día que faltan todo va manga por hombro.

En este número quiero rendir un homenaje a todos esos colaboradores silenciosos a los que debemos que esta humilde revista salga adelante. Quiero agradecer tanto a los “aleadores”, ya sabéis los que se encargan de decir a los demás “¡ale, ale, a trabajar!”, como a los autores, los traductores, o los que llevan los ejemplares a correos... Todos son necesarios para llevar a buen término esta tarea colectiva, tan importante siempre y, especialmente, en momentos como éste en los que el mismo presidente de los EEUU defiende la opción de enseñar la *teoría del Diseño Inteligente* (ver el texto sobre este tema de E. Carmena) en las escuelas y el príncipe Carlos de Inglaterra aboga por el uso de las medicinas alternativas en la sanidad pública británica. Sin comentarios.

Ya sabéis que este año es el *Año Internacional de la Física*. Nos hemos querido sumar a ese homenaje y para ello hemos publicado dos artículos que se escapan del tono divulgativo habitual. Digamos que son un poco más duros; pero hemos creído oportuno publicarlos tal cual, sin rebajar el tono, para no desvirtuarlos.

También hay otro tema que me preocupa. Sé que lo he tratado reiteradamente y en este número también lo voy a hacer. A veces podemos pensar que la reacción contra la ciencia es inofensiva, que no nos afecta, pero entonces nos llegan noticias como que la campaña que tenía prevista erradicar la poliomielitis del mundo en el año 2005 ha fracasado. Y no ha sido por falta de medios, o porque los técnicos estaban equivocados; ha sido porque un grupo de religiosos islámicos nigerianos se ha opuesto a la vacunación. La disculpa esgrimida era que “Estados Unidos trata de infectar para su exterminio a la población musulmana de África”. La vacunación se paró y automáticamente la enfermedad se propagó por la región. Hoy Nigeria es el país con más casos de poliomielitis del mundo y estamos más lejos de conseguir el objetivo de erradicación que hace cinco años. Los medios de transporte llevan lo mismo personas que enfermedades. La polio de Nigeria puede estar al día siguiente en Australia o Japón. Hoy más que nunca son necesarias las vacunaciones masivas, en todos los países del mundo. Por suerte, los religiosos han hecho sus propios análisis y han descubierto que las vacunas contra la poliomielitis eran vacunas contra la poliomielitis y están dispuestos a tolerar su administración. En un esfuerzo para su erradicación se van a vacunar a quince millones de niños en Benin, Burkina Faso, Ghana, Nigeria y Togo.

Quiero que triunfen. Quiero que la poliomielitis sea la segunda enfermedad erradicada del mundo. Lamento que la ignorancia y la oposición a la ciencia por parte de un grupo de religiosos haya hecho retrasarse el fin de la enfermedad, con su consiguiente secuela de parálíticos y muertos. Para mí es todo un símbolo: el tener un conocimiento mínimo de ciencia salva vidas.

A continuación me surge una pregunta que no sé cómo contestar. Por un lado está la libertad de los individuos para vacunarse o no, por otro, la libertad de los demás de estar libre de enfermedades. Una libertad se contrapone a la otra. O se vacuna la mayoría de la gente o la enfermedad no desaparece. ¿Qué derecho debe prevalecer? ¿Cómo se puede obligar a una nación a hacer algo por el bien común?

Saludos,

Félix Ares de Blas